

Precio : 40 francos

Folletos en venta :

ANSELMO LORENZO - EL HOMBRE Y LA OBRA por Federica Montseny 30 frs

NOVELAS ESPAÑOLAS - ROSARITO por Valle Inclan 20 frs

NOVELAS CELEBRES - LOS ESPECTROS por Leonidas Andreiev 30 frs

ZARPAZOS por Fernando Pintado 30 frs

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS por R. H. de Ibarreta 35 frs

AZANA - COMBATIENTE EN LA PAZ - PACIFISTA EN LA GUERRA por Felipe Alaiz 35 frs

LA TOMA DE LA BASTILLA por Pedro Koprokhin 35 frs

INDALECIO PRIETO - PADRINO DE NEGRIN Y CAMPEON ANTICOMUNISTA por Felipe Alaiz 35 frs

DURRUTI Y ASCASO - LA C. N. T. Y LA REVOLUCION DE JULIO por S. Cánovas Cervantes 35 frs

LA BIBLIA Y LA IGLESIA (2ª parte de La Religion al Alcance de Todos) 50 frs

LA ZARPA DE STALIN SOBRE EUROPA por Felipe Alaiz 40 frs

HISTORIA DE UN CRIMEN - NI FRANCO, NI LA MONARQUIA por R. Magrovejo 40 frs

Pedidos : **"UNIVERSO", 29, rue des Couteliers, Toulouse (H.-G.)**

EL MUNDO AL DIA

MARIANO GALLARDO

EL SEXO, LA PROSTITUCION Y EL AMOR

EDICIONES "UNIVERSO"
29, Rue des Couteliers - TOULOUSE (Hte-Gne)

El núm. 3 de EL MUNDO AL DIA se titulará :

DIVULGACIONES CIENTIFICAS :
Las enfermedades y sus remedios

I

EL MATRIMONIO Y LA UNION LIBRE

Los caracteres peculiares del matrimonio no son el casamiento civil ni el eclesiástico. Y la unión libre no consiste en hacer vida común una mujer y un hombre prescindiendo del juez y del cura.

Hay uniones « libres » que son repulsivas. En ellas la mujer es una esclava del marido. No es dueña ni de sus deseos ni de su corazón ni de su cuerpo. Es un animal propiedad del hombre. Como una vaca o una cabra.

Y hay matrimonios en que tanto la mujer como el marido tienen completa libertad en todos los dominios, incluso en el sexual. La mujer y el marido son compañeros. Viven en común. Pero cada cual tiene plena independencia individual.

A eso lo llamamos *matrimonio* porque el hombre y la mujer, para superponerse en un catre, han pedido permiso a un juez y han solicitado la *bendición* de un cura.

A la superposición sin permiso ni bendición de nadie, la denominamos « unión libre », cuando en realidad una unión libre puede reunir todas las cualidades propias de un feroz matrimonio.

Por eso cuando hablo del Matrimonio, no entiendo por tal la condición superficial que ha presidido la unión de una mujer con un hombre.

Prescindo de si la mujer y el hombre pidieron o no permiso para unirse. Nada me importa si la unión está registrada o no en las oficinas del Estado.

Y me tiene sin cuidado que esté « santificada » por un tío con faldas, o que no se halle autorizada por nadie. Estos detalles son muy secundarios y sin importancia. No influyen para nada en el modo de vivir de los casados.

Llamo « matrimonio » al conjunto de cualidades que concurren en aquellas parejas donde la mujer es una víctima de la brutalidad despótica de su compañero. Donde el hombre es un verdadero propietario del cuerpo de la mujer.

Donde la mujer no es libre de hacer lo que le da la gana. Donde ha de hablar, salir y hacer con permiso del hombre. Donde no puede disponer de su voluntad ni es dueña de sus impulsos, de su corazón y de su amor. Y donde está siempre bajo el mando y la disciplina impuestos por el hombre.

Llamo « matrimonio » a eso. Entiendo por vida matrimonial la de las parejas que viven en esas condiciones. Sin tener en cuenta si esas parejas están o no registradas en un juzgado, o si se encuentran *santificadas* en un templo. O bien si están « amancebadas » viviendo en « pecado mortal y en torpe concubinato », como dicen los semihombres del catolicismo romano.

Es una ironía llamar *unión libre* a una pareja en la que el hombre es un déspota y un tirano zafio, capaz de degollar a la mujer si la coge besando a otro hombre, o, cuando menos, olvidarla y maltratarla.

No hay unión libre y sí hay matrimonio, donde no hay libertad; donde la mujer es una esclava servil, y donde el hombre y la mujer viven tiranizándose.

Hay unión libre en aquellas parejas en que, registradas o no, benditos o sin bendecir, no hay sumisión ni servilismo, autoridad ni obediencia.

Es una burla llamar *unión libre* a la de un hombre y una mujer cuya superposición corpórea está sin pasar por una oficina y una iglesia, pero que no obstante viven peor que los esclavos y se tratan como *números* de un cuartel.

Eso no es unión libre. Es un perfecto matrimonio, al cual yo llamo « prostitución ». Porque allí donde hay esclavitud, donde no hay libertad individual ni moral, donde hay alguien que no es dueño de sí mismo y está obligado a obedecer a alguien, allí hay prostitución.

He ahí por qué he dicho que el matrimonio es una prostitución. Y como yo, opinan hombres de mucha competencia en esta materia.

« Actualmente — dice Armand — no hay ninguna diferencia esencial entre el matrimonio ordinario y la prostitución. El matrimonio es la prostitución de larga duración y la prostitución un matrimonio de corto plazo. »

Prescindir del juez y del cura para hacer lo que a nadie le importa, exponiéndose a que nos digan que vivimos en torpe concubinato, ya es algo. Pero no es lo suficiente para denominar unión libre la pareja así formada.

Si la independencia de espíritu y la libertad no pasan de ahí, entonces no hay unión libre. Hay matrimonio, y por consecuencia, prostitución.

LA CONVIVENCIA DE LOS SEXOS

La convivencia sexual es enemiga del amor. La vida en común del hombre y de la mujer casi siempre suele ser causa de disipación del amor que se profesen.

Viviendo juntos bajo el mismo techo es como el hombre y la mujer que se aman llegan a conocerse. Y como no es posible que inviertan en caricias, en besos y en goces todas las horas de un día y otro día, de un año y otro año, el amor empieza a decaer.

Cada cual necesita alguna ocupación en que gastar el tiempo sobrante. Y de estas horas libres de todo entretenimiento amoroso, nace el forzoso estudio del modo de ser del hombre, por la mujer, y del de la mujer por el hombre.

Cuanto más se conocen, más faltas se encuentran, más defectos notan, más disgustos se producen y, como resultado inevitable, más mengua el amor.

Es verdad que hay veces en que no ocurre así, pero éstas son las menos, son muy pocas. De cada cien parejas, en 95 disminuye el amor cuando hacen vida común.

Qu el amor se fortalezca al vivir juntos los amantes, es una excepción, no una regla general aplicable a la mayoría.

Es precisamente por eso por lo que el matrimonio, tal como hoy está legislado, es un contrasentido, un enorme disparate; porque es una falta de lógica hacer disposiciones generales partiendo de hechos particulares y excepcionales.

Al instituir el matrimonio se supuso que el amor, en todos los casos, en todas las parejas, aumenta con la convivencia continuada de los amantes bajo un mismo techo.

Al comprobar que había casos en que el amor aumentaba al hacer vida común los amantes, se legisló con miras a hacer vitalicias todas los parejas; lo cual es una gran torpeza, puesto que las uniones en que el amor aumenta con vivir juntos la mujer y el hombre, son rarísimas y muy escasas.

Lo lógico y lleno de buen sentido habría sido la instauración del matrimonio vitalicio para aquellas parejas en que el amor aumentara al vivir juntos los amantes. Pero esto sería una tontería igual a la de pintar la nieve de blanco.

Para las uniones en que la vida en común fuese motivo de disminución del amor, la separación debería ser libre; ya que es un infierno forzar a vivir juntos a dos individuos que cada día se aman menos.

En las parejas que no hacen vida común permanente y continuada, el amor es mucho más fuerte, más duradero que

en aquellas que hacen vida común continua. Eso lo sabe todo el mundo.

Todos sabemos que el amor de los amantes es mucho más fuerte que el de los esposos. Que cualquier hombre riñe antes con su esposa que con su querida. Que cualquier mujer es más cariñosa para su amante que para su marido. Y que la ceguera amorosa dura más entre amantes que entre esposos.

También es muy corriente ver amantes felices muchos años que, al hacer vida común por haber matrimoniado, vieron marchar su felicidad, no recobrada hasta que no dejaron de vivir juntos.

Parecerá esto cosa extraña, pero la realidad es así. Cuando el hombre y la mujer no viven juntos, sólo se ven para prodigarse caricias, y las horas que pasan juntos, las invierten en besarse, en fortalecer su amor, en expansionarse. No tienen tiempo para otra cosa, y no pueden verse los defectos ni estudiarse las costumbres.

Ahí está el secreto de la mayor duración del amor de los amantes que viven separados. Y ahí podemos ver por qué la convivencia sexual prolongada es causa de disminución del amor.

ORIGEN DEL AMOR ROMANTICO

El amor romántico es hijo de la represión sexual. Es una manifestación enfermiza del sentimiento amoroso, provocada por la insatisfacción de las necesidades sexuales.

La no satisfacción de la necesidad sexual cuando el organismo lo exige, es tan perjudical como el no beber agua cuando el cuerpo la pide.

Toda necesidad orgánica que no se satisface a tiempo, produce un estado de perturbación en las facultades mentales.

Todos conocemos las pesadillas torturantes que se producen en las noches que nos acostamos con hambre o con sed. Se nos va la noche soñando que bebemos cántaros de agua y comemos abundantes y ricos manjares.

Igual pasa cuando la necesidad sexual no se satisface. El desequilibrio y la irritación del organismo—aumentando y haciéndose cada vez más imperioso—, acaban por invadir el cerebro. Entonces es cuando aparece el llamado « amor ciego », que no es otro que el amor romántico.

Hay que destruir ese amor. Mejor dicho : hay que curarlo; pues está fuera de duda que el romanticismo amoroso es una manifestación patológica de las facultades mentales.

La no satisfacción de una necesidad orgánica cualquiera, es siempre contranatural y morbosa. Y como prueba de ello, ahí está el desequilibrio que se produce en las funciones cerebrales del individuo.

Los celos, así como también el llamado instinto de propiedad sexual, no son otra cosa que manifestaciones salvajes de una sexualidad enfermiza y contenida.

La pasión brutal de los celos va siempre unida al amor romántico, sentimiento morboso producido por la represión persistente de las necesidades sexuales.

Para acabar con el amor romántico, no hay más medicina que la satisfacción normal de los deseos y necesidades sexuales, cosa que sólo es posible hoy en un medio social completamente libre, en el cual sea un hecho la plena realización de todas las libertades sexuales.

La no satisfacción a su debido tiempo de las necesidades del sexo, origina también el fetichismo sexual, la lujuria cerebral, el erotismo psíquico, el amor platónico, el homosexualismo, los vicios solitarios y la relación sexual con animales.

Cuando no se producen esas perversiones sexuales, la represión erótica origina la crueldad, el sadismo, el embrutecimiento místico y la esclavitud moral.

Las salvajadas de la « santa » inquisición, las alucinaciones torturantes de los santos y el borreguismo de muchísimas mujeres y no pocos hombres, prueban de un modo indudable lo que decimos.

Las personas que observan una larga abstinencia sexual, por fuerza están tocadas de alguna de las perversiones expuestas.

Quien crea elevarse con esclavizar su sexo, conseguirá todo lo contrario. Será víctima de alguna aberración sexual, se convertirá en un tigre o acabará por tener mentalidad de borrego castrado o de perro fiel, si es que antes no se ha convertido en un jesuita hipócrita sin decisión y sin valor.

Los ignorantes y rezagados que cantan las delicias de la vida « pura » , casta y abstinente, para hacernos callar a los que luchamos por el amor libre y por una libertad sexual amplia y sin tapujos, sacan a relucir los hombres célebres que vivieron en una « perfecta » supresión de las relaciones sexuales.

Pero no dicen lo otro. Y lo otro es que Miguel Angel, Jesucristo, Teresa de Jesús, etc..., personas célebres por su abstinencia entre otras cosas, están tachadas de homosexuales y de lesbianas.

El amor romántico engendra la violencia, la tiranía, los celos, la ira, la crueldad, el crimen, la desesperación y la ceguedad mental.

Todos los crímenes pasionales no tienen otro origen que los celos, fruto natural de la represión e insatisfacción de la necesidad sexual.

« La pasión — dice Armand en *L'en dehors* — tanto en el dominio sexual como en los demás, la considero como factor de insociabilidad, de exclusivismo, de violencia, de sectarismos y de arquismo. »

Cuando se habla del amor, es bastante corriente prestarse a confusiones; pues mientras para unos el amor es cosa completamente material, para otros es un fenómeno eminentemente espiritual y metafísico.

Yo creo que tanto los unos como los otros, caen en exageraciones que tienen que ver muy poco o nada con el verdadero amor.

Ni el amor es el roce de dos epidermis, como ha dicho un materialista brutal, ni es una abstracción extranatural y metafísica, como quiere decir Han Ryner. Ni lo uno ni lo otro.

Lo que pasa es que hay quien se obstina en no admitir que hay una necesidad sexual que nada tiene que ver con el amor. Estos son los idealistas.

Al revésd e esos, los que nunca han sentido el verdadero amor ni han llegado a concebirlo, se empeñan en llamar con tal nombre al acto simple de la satisfacción fisiológica del sexo.

Esto no quiere decir que el amor verdad sea el romanticismo amoroso, el amor platónico o el amor sentimental.

Nada deeso. El verdadero amor es la compenetración íntima y espontánea entre dos almas y entre dos cuerpos, que se aman sin violencias, sin celos y sin apasionamiento sectario y morboso.

La necesidad sexual, cuando es realmente necesidad orgánica, es un fenómeno tan material como el comer, acto totalmente orgánico, desprovisto de todo psiquismo y metafísica.

Aquí entra en muy poo el libre juego del espíritu. Es todo material. Y nada más.

CAUSAS SEXUALES DE LA PROSTITUCION

Mientras las mujeres no se presten a las relaciones sexuales sin previos sentimentalismos, la prostitución seguirá existiendo.

Hay épocas en la vida del hombre en que la necesidad sexual está por encima de todas las demás preocupaciones y necesidades.

Si para satisfacer esa necesidad, la mujer le exige un tiempo más o menos largo de noviazgo y amistad, entonces el recurrir a las prostitutas es inevitable.

Hay que convencerse de que hay una necesidad sexual que nada tiene que ver con el amor. Y es una torpeza delictiva el exigir sentimentalismos para dar satisfacción a los imperativos orgánicos del sexo.

Parece ser que las mujeres no se prestan fácilmente a las relaciones sexuales sin antes haber tenido con el hombre un cierto tiempo de trato amistoso o de idilios palabreros y sentimentalistas.

Ese empalagoso e irritante sentimentalismo femenino, da por resultado el tener el hombre que echar mano a la prostitución para satisfacerse sexualmente.

Claro que ya sé lo que pensarán las mujres. Dirán :

— ¡ Entonces, ¿ qué ? ? Es que nosotras vamos a estar para que los hombres no hagan más que llegar y cargar ?

Contestaré por adelantado a esa objeción : Si vosotras no estáis dispuestas a que los hombres *lleguen y carguen*, la prostitución no acabará nunca y el hombre seguirá viéndose obligado a ser cliente asiduo del burdel, del cabaret y de la casa de citas.

En una revista anarquista, un libertario hace esta pregunta :

« Un anarquista que no tiene otros medios para saciar sus necesidades sexuales que las prostitutas, ¿ deja de ser libertario al comprar una mujer ? »

La Redacción le contesta :

« A nuestro entender, sí. Un libertario ha de conseguir por sus méritos personales, hallar siempre mujeres que, por voluntad y por gusto propio, sean sus compañeras de juego en la comedia del amor. Recurrir a la prostitución es tan degradante para el hombre como para la mujer. O nuestra moral es muy distinta de la corriente, o nunca llegaremos a comprender la mentalidad de los hombres, no importa las ideas que profesen, pero que no se rebelan, por instinto, contra las degradaciones morales que les impone la sociedad capitalista y su moral salvaje. »

Como muy bien dice la misma revista, « el acto de dar una moneda a cambio de una hora de placer es la profanación del amor y de la naturaleza y hasta del género humano. »

Eso está muy bien. Estamos de acuerdo. Que a estas altu-

ras, con tanta civilización y tanto adelanto, haya todavía mujeres que se venden y hombres que las compran, es de lo más salvaje y bestial que puede darse.

Ahora bien; si el deber del hombre digno y decente es buscar mujeres que se presten a ser sus compañeras de juego en la comedia del amor, y no las encuentra, ¿ qué debe hacer entonces ?

No hay más que estos dos caminos : la abstinencia o el burdel, y entrando en el vicio, la masturbación.

Yo no dudo de que ese libertario hallará mujeres que se darán a él por gusto propio; pero seguramente, antes de darse, le obligarán a que durante algún tiempo haga de amante platónico y de enamorado palabrero.

Estoy seguro que no todos los hombres que frecuentan a las protitutas, están conformes con la protitución. Pero desde el momento que las otras mujeres dan tantas vueltas para conceder al hombre la satisfacción de sus deseos, los hombres no tienen más remedio que terminar, aunque les repugne, por hacer de mercaderes de prostitutas.

Parecerá demasiado material el acto sexual hecho sin sentimentalismos ni cantos enfermizos, pero cualquiera que reflexione un poco, pronto verá que eso es preferible a la prostitución, y que además, ese es el único medio de terminar con las protitutas y con los protituídos.

La objeción sentimentalista que a eso se le puede hacer es esta : que el acto sexual hecho sin amor es *inmoral*, poco bello y nada poético.

A eso podríamos contestar que si no hay ningún sentimentalismo ni poesía, ni hacen falta, en llenar el estómago o en sonarse la nariz, no hay ninguna razón para que con el acoplamiento sexual no se haga lo mismo.

Los sentimentalismos en las funciones orgánicas no producen beneficio alguno. Al contrario : sólo contribuyen a envenenar las necesidades, a pervertirlas e irritarlas.

Nada de poesía ni suspiros en la satisfacción sexual. Esto es neurosis y congestión cerebral.

Claro está que eso no quiere decir que yo soy enemigo del amor. Ni mucho menos. Lo que queremos es que el estar enamorados no sea condición precisa para poder satisfacer el sexo.

Sin esa condición no es posible suprimir las causas sexuales de la prostitución; que, dígase lo que se quiera, son las principales.

Mientras la cópula no sea considerada con la misma simpli-

cidad que el sonarse la nariz, la protitución tiene su vida asegurada, dado que los motivos sexuales que la sostienen y producen quedan en pie.

Conviene también tener en cuenta que el cultivo del sentimentalismo en las relaciones sexuales hace perder mucho tiempo; tiempo que no todos tienen disponible hoy, cuando tantos problemas fundamentales nos ocupan a todos a todas horas y a cada momento.

Los únicos que pueden sentimentalizar intencionadamente la satisfacción sexual son los cursis, vagos y aburridos, que nada tienen que hacer ni ningún problema trascendental les preocupa.

A éstos, parásitos intelectuales y materiales, es a quienes conviene el sentimentalismo en el coito. Así matan el aburrimiento y el tiempo.

Sobre este particular dice Hugo Treni en la revista *L'en dehors* :

« En su novela *El amor de tres generaciones*, Alejandra Kollontai presenta un caso típico de esos que llamamos la « supremacía » del estado sentimental del amor. Se trata de una joven militante comunista que, ocupada en la propaganda, no tiene tiempo de cultivar las relaciones sentimentales, pero que cuando siente necesidad de relaciones sexuales, se da al hombre o a los hombres que le son más o menos simpáticos... »

Esto nos dice bien claro que el sentimentalismo en las relaciones sexuales sólo puede ser cultivado por los que tienen pocas ocupaciones.

¿ Comprenderán eso las mujeres Deben intentar comprenderlo. Reflexiónenlo.

SENSUALISMO MENTAL

Cuando la voluptuosidad no se expansiona por sus vías naturales, invade las facultades mentales.

La voluptuosidad reprimida convierte los centros cerebrales en órganos de placer sexual.

Condenados los órganos genitales a una inactividad funcional continuada, el caudal voluptuoso que por ellos busca el desag'e, se detiene e invade la vida mental del individuo.

En las personas sometidas a esclavitud sexual, el sexo y sus sensaciones específicas han sido trasplantados al cerebro.

Cuando el sexo está en libertad, la voluptuosidad ocupa el lugar que la naturaleza le ha destinado. Entonces hay voluptuosidad sexual, sensualidad normal.

Pero cuando el sexo no es libre en la satisfacción de sus imperativos genésicos, la voluptuosidad que antes era sexual, es ahora mental, y la sensualidad, enfermiza.

Hay personas de sexo virgen que tienen el cerebro con más lubricidad que un burdel. La voluptuosidad sexual la han suplantado por la voluptuosidad mental.

En nuestra sociedad católica, esclava y bárbara en materia sexual, el teatro que más gusta y hace reír es el de aquellas obras que están impregnadas de pornografía y sensualismo malsano. La picaresca lúbrica y el erotismo encanallado y sifilítico, son el tema predilecto del « casto » público que asiste a los teatros.

Se afea y se desprecia la conducta de la mujer que satisface su corazón y su sexo al margen de la esclavitud matrimonial. Y se admira al mismo tiempo el bandolerismo sexual de los tenorios dedicados a engañar mujeres y hacerlas sufrir.

Otro tanto ocurre con la Música, la Literatura y la Pintura.

El libro que más gusta, la novela que más agrada, el cuento que más interesa, el chiste que más gracia hace, son los que chorrean lujuria insana y disfrazada.

En las personas « honradas », el libertinaje y la prostitución mental son mayores que el vicio y el desenfreno sexual en las personas de cabaré y de burdel. (Observe el lector cómo me salto a la torera todas las ridiculeces gramaticales inventadas por los que nunca escribieron nada.)

La música preferida por el público es la que invita a la lujuria, la que va envuelta en suspiros lascivos y entremeses pornográficos.

Una buena obra musical oída en silencio, a solas, no tiene gracia ni « atractivos ». Adornada con mujeres casi desnudas, palabras picarescas y posturas lascivas, está mucho mejor e « interesa » más.

Hasta en los discos de gramófono va dejando caer sus babas tóxicas el perro de la voluptuosidad mental. Está todo embarrizado de lujuria cerebral.

Por conservar una difícil esclavitud sexual, que muchas veces es más aparente que verdadera, se ha caído en una perversión sexual psíquica, en un sensualismo mental enfermizo y perverso.

A las personas « honradas », de « buena educación y lenguaje « correcto », no les gusta la voluptuosidad por lo claro, sin disfraces, hipocresías ni complicaciones sentimentales. Lo que les agrada es el dar a entender y no decir, el amenazar y no dar, el apuntar y no tirar.

Hay que dejarlo ver todo y decirlo,pero sin destaparlo ni hablarlo. Nada de naturalismo sincero, de verdad franca, de voluptuosidad sana y normal. Esto no es « decente ».

Lo « decente » es lo otro : las segundas intenciones, el guardar las formas, el decir sin hablar, el enseñar sin destapar...

Ficción, farsa, jesuitismo, pornografía, lujuria mental, hambre sexual, voluptuosidad morbosa, perversión sexual psíquica, etc. Este es el copioso fruto, la abundante cosecha de la represión sexual imperante en nuestra « casta » y «cristiana» sociedad.

¡ Qué castos, que decentes somos... !

FECUNDACION Y COPULACION

Fecundación es el acto de unirse, fusionarse, el espermatozoide salido de los órganos sexuales del macho, con el óvulo producido en los órganos sexuales de la hembra.

El acto de introducirse el miembro sexual del macho en los órganos genitales de la hembra se llama copulación, es decir, la introducción del pene en la vulva.

Dejando a un lado la producción artificial del embarazo, la fecundación va siempre precedida por la copulación, pero no siempre la cópula va sucedida por la fecundación.

Es decir : puede haber copulación sin fecundación, pero no hay fecundación sin previa copulación.

Esto es una imperfección, pues en la Naturaleza, como dice Marestán, « son muy pocas las cosas que hay completamente buenas y perfectas ».

Para una perfecta copulación, precisa que el pene del hombre sea de igual longitud que la vagina de la mujer con la cual se copula.

Es preciso, además, que el diámetro de la vagina dilatada sea algo más reducido que el del pene en erección.

Admitido que las demás condiciones de los copuladores son las requeridas, las normales, la copulación llevada a cabo por individuos con órganos genitales de proporciones iguales a las citadas, va seguida de fecundación.

El coito hecho por órganos copuladores con esa proporcionalidad anatómica, es perfecto y va seguido de embarazo.

El orificio de salida del pene es casi tangencial con el orificio de entrada del cuello de la matriz.

La vagina oprime por completo en toda su extensión, al miembro introducido en ella.

Entre el hocico de tenca y la extremidad del pene no queda ningún espacio vacío. El pene llena por completo la cavidad vaginal. La vagina, dilatada en toda su largura, en toda su anchura, no conserva ningún repliegue.

Producida le eyaculación en tales circunstancias, el semen no tiene más camino libre que el orificio de la matriz.

En la vagina no puede depositarse. Está rellena por entero por el volumen del pene. No tiene ningún espacio vacío ni ningún plisamiento contraído.

Se comprende, pues, que el semen penetrará forzosamente en el útero en una gran cantidad, condición principalísima para que la fecundación tenga lugar.

Con un pene desproporcionado a la vagina que copula, el coito, o es estéril, o es doloroso, si bien esa esterilidad es muy relativa.

Si el pene es más pequeño que la vagina, ésta queda semivacía. Sus pliegues están todos contraídos. La distancia entre el orificio uterino y el penial es grande. Y parte de la cavidad vaginal está sin llenar.

Al efectuarse la eyaculación seminal, el líquido fecundante se pierde en los pliegues de la vagina.

Parte del semen sale por la vulva, deficientemente taponada por el pene. Y el que no se derrama al exterior, se deposita en los espacios vaginales dejados por el pene sin llenar.

Con un coito así, la cantidad de semen bebido por la matriz es nula o muy escasa, con lo que la fecundación es poco probable.

Cuando el pene es mayor que la vagina, la copulación es un suplicio para la mujer y un acto incompleto para el hombre.

La proporcionalidad señalada para los órganos copuladores es la exigida para una copulación perfecta.

II

LA ABSTENCION SEXUAL

En casi todas las especies animales, el macho es siempre el encargado de acometer sexualmente a la hembra.

Hasta en las especies embrionarias se ve esa tendencia. En el ser humano, el espermatozoide tiene la misión de atacar al óvulo; es decir, el elemento macho al elemento hembra.

En la vida animal, y en la especie humana también, el macho es el que busca a la hembra. Esta se limita a esperar las acometidas del macho.

Esto no ocurre así por puro capricho de hembras y machos, sino porque en el macho, la pasión amorosa y el apetito sexual son más violentos que en la hembra.

Yo he observado perros, gatos, burros, ovejas, gallinas, pájaros, insectos, etc. En todos ellos he visto que, mientras los machos se desesperan y enfurecen por no encontrar a la hembra, las hembras en celo apenas lanzan bramidos, chirridos o cánticos porque no viene el macho.

En los burros, por ejemplo, mientras la hembra en celo no hace más que mascar con mucha blandura y orinar con frecuencia, el macho rebuzna como un loco; no hay quien lo sujete y pierde la cabeza cuando ve una burra.

Todavía no he visto que ninguna burra rebuzne al ver un burro, ni que pierda los vientos por correr detrás de los machos.

Lo mismo pasa en casi todas las especies animales. Y en la especie humana también.

Esto no ocurre así porque los machos son acometedores y las hembras son tímidas . Este argumento es una majadería, una patochada.

Eso es lo mismo que decir que los limones son agrios porque no son dulces.

Nada de sofismas y razones aparentes. Los machos buscan a las hembras porque en ellos el apetito sexual es más fuerte, más voraz que en las hembras.

Y las hembras no buscan al macho porque en ellas la necesidad sexual no es tan violenta ni arrebatadora como en los machos.

He observado, sin ser visto, a los hombres y a las mujeres en su intimidad. Y he comprobado que los hombres, en particular los jóvenes, se comportan poco más o menos como los animales machos.

Las mujeres no son así. Yo no he visto todavía a ningún grupo de muchachas, animalizar al ver a un hombre, como hacen los hombres cuando ven una mujer joven y bonita.

En los hombres veo la misma violencia, los mismos arrebatos que en los animales machos.

En las mujeres compruebo la misma tranquilidad y blandura que en los animales hembras.

Estoy convencido que muchos hombres no braman o rebuznan cuando ven una muchacha guapa, porque no saben rebuznar ni bramar. Si supieran hacerlo, lo harían.

Claro está que los hombres no tienen la culpa de esto ni de ser así. La culpa es de la Naturaleza, que ha hecho a los hombres de ese modo.

Cuando ven una muchacha hermosa, los hombres no brutalizan por capricho de ellos, sino porque un apetito violento y una necesidad indomable les hacen brutalizar.

Si las mujeres no hacen lo mismo cuando ven a un hombre de buen plante, no es porque ellas son más dueñas de su voluntad que los hombres de la suya : es porque en ellas el deseo sexual no se presenta tan arrebatador como en los hombres.

Esta diferencia de voracidad de la necesidad sexual en las mujeres y en los hombres, es la que explica por qué las mujeres se acomodan a la abstención sexual mejor que los hombres.

En los hombres jóvenes la abstención es poco frecuente. El que no tiene amante o compañera, va al burdel. Y los que no hacen ni lo uno ni lo otro, se masturban a dos manos.

A mí me parece que las muchachas, la mayoría de las muchachas, no son así.

Hay muchas de ellas, que aun sintiendo la inquietud sexual, no tienen relaciones sexuales con hombres, ni se remedian con la masturbación.

Y ya he llegado donde yo quería : Si los hombres están dotados de una necesidad sexual tan imperiosa y tan feroz, y las mujeres son las encargadas por la Naturaleza de dar satisfacción a esa necesidad de los hombres, ¿ hasta qué punto están libres las mujeres de no dar esa satisfacción a los hombres ?

Bien está que la mujer que no quiera trato íntimo con los

hombres, lo haga así. En nombre de la libertad, ella es muy dueña de hacer con su cuerpo cuanto le dé la gana.

Y si quiere vivir virgen de vaina toda su vida, su decisión deberá ser respetada.

Ahora bien: ¿ es realmente libertad, y debe ser respetada como tal, la libertad de una mujer que con su conducta hace un daño a sus semejantes ?

Yo creo que no. Yo entiendo que la verdadera libertad es aquélla que no causa un daño a los demás ni perjudica a quien la practica.

Claro que las mujeres dirán : Nosotras también tenemos necesidades sexuales como los hombres y, sin embargo, nos pasamos con la gana y reprimimos nuestros deseos. Que los hombres hagan lo mismo.

— ¡Ah ! No, amigas mías. Los hombres no pueden hacer lo mismo. En ellos la necesidad sexual aprieta con una violencia que muy pocas mujeres conocen, y que muy pocas de vosotras sentís.

Vivir virgen de pene un hombre sano y robusto, es más terrible que estar quince días sin dormir porque no le dejan a uno.

Pocas muchachas conocen la intensidad del hambre sexual de los jóvenes.

La virginidad sexual de las mujeres debe ser reputada como un delito social, como un atentado a la salud y tranquilidad de los hombres.

No olvidemos que esa virginidad es la causa de que haya burdeles, de que muchas jóvenes caigan en el cieno de la prostitución, de que haya enfermedades sexuales, y de que los hombres se embrutezcan en el prostíbulo, en el cabaret y en los vicios sexuales.

Si las muchachas no se obstinaran en conservarse vírgenes de vagina ni practicasen la abstención sexual, la prostitución y las enfermedades sexuales, plaga terrible contra la dignidad y la salud de la especie humana, no existirían.

Es la abstención, esa criminal abstención sexual de las mujeres, la culpa de toda la tragedia sexual de la Humanidad.

Las necesidades sexuales deben ser satisfechas con la misma sencillez que se satisfacen la sed, el hambre y el sueño, y las ganas de divertirse.

No hacerlo así es propio de fanáticos, de necios y de idiotas, que pudiendo tener un motivo menos de sufrimiento, no lo tienen por estar todavía imbuidos por el fetichismo bestial de los salvajes.

La necesidad sexual, al menos en los hombres, es una necesidad orgánica tan importante como las demás necesidades del cuerpo.

Negar esto es negar la luz; afirmando de paso que el cuerpo humano es un organismo con órganos de sobra.

LA VOLUPTUOSIDAD Y EL AMOR

La voluptuosidad es un cebo puesto por la Naturaleza para incitarnos a la procreación.

Cuanto más voluptuoso es un acoplamiento sexual, más probabilidades hay para que sea seguido de fecundación.

El acoplamiento más voluptuoso es el realizado por órganos sexuales proporcionados. Es aquel en que la vagina oprime al pene que la llena y la dilata por entero.

Si alguna opresión hay en este mundo que nos sea agradable, es la soportada por el pene en una vagina angosta. ¿ A quién, por libertino que sea, no le gusta esa grata tiranía ?

El momento de más intensidad voluptuosa coincide con la mayor posibilidad de fecundación.

Cuando los órganos copuladores son proporcionados, de tal modo que el volumen del pene sea algo mayor que el de la vagina, ésta, en los movimientos del coito, a más de oprimir al pene en toda su superficie, tiende a comprimirlo, a reducirlo de volumen.

Son dos fuerzas contrarias que se suman en una misma resultante : la procreación de un nuevo ser. La vagina se contrae comprimiendo al pene. El pene se dilata esforzándose por ensanchar la vagina.

Al mismo tiempo que la contractilidad de los músculos de la vaina y del pene aumenta la intensidad del frotamiento, la voluptuosidad se acrecienta; con lo cual el cuello del útero entra en erección y su orificio se abre.

La matriz, como una fiera con la boca abierta, quiere tragarse al pene, a cuya acción le ayuda la vagina oprimiéndolo; el cual se ve estrechamente abrazado por los músculos vaginales.

El canal que surca al pene en toda su longitud, reducido de volumen por la fuerte erección del pene y por la intensa presión de la vagina, al correr por él el semen en el momento de la eyaculación, lo lanza con fuerza, proyectándolo sobre el hocico de *la fiera*.

Cuanto más semen penetra en la matriz, tanto más cierta es la formación de un nuevo ser.

Vemos, pues, que cuanto mayor es la voluptuosidad, tanto más fácil y perfecta puede ser la fecundación.

La Naturaleza no nos da la voluptuosidad para hacernos dulce la existencia. Nos la da por que le demos hijos; que éste es su único objeto.

Con ella nos induce a buscar los acoplamientos que mayor placer nos procuran, porque al lado de la mayor voluptuosidad está el mejor de satisfacer sus fines de perpetuación de las especies.

A la Naturaleza la tiene sin cuidado que los humanos sean o no incestuosos, monógamos o plurígamos, castos o libertinos.

Lo único que le interesa es que se reproduzcan. Sea como quiera. Ella ha puesto la voluptuosidad. Ha puesto el amor. Y ha puesto en la hembra la atracción irresistible de su cuerpo cuando ella puede parir buenos hijos.

¿ Cuando un coito es o no moral, lícito o delectivo ? La Naturaleza no lo sabe, no le entiende. Ni le hace falta. ¿ Para qué ?

Esas distinciones, clasificaciones, restricciones, las han inventado los humanos para cortar alas a la Naturaleza y reirse de ella.

Pero la Naturaleza no perdona a los que la desobedecen y la encadenan. Se ha vengado de ellos para ponerlos en ridículo. Los ha hecho masturbadores, homosexuales, histéricos, violadores y crueles. ¡ Una lección ejemplar !

LA SEXUALIDAD FUTURA

Pío Baroja, en sus ataques a los comunistas, les acusa de ser poco originales. Les dice que el comunismo sexual, la comunidad de mujeres, aspiración suprema de los comunistas rusos en materia sexual, es cosa vieja y primitiva.

Yo no lo creo así. Yo creo que si los rusos aspiran a que las mujeres y los hijos sean comunes, este comunismo no ha de ser una repetición de la promiscuidad sexual vivida en los tiempos primitivos.

Ese lugar común de que « la Historia se repite », me parece una majadería. Aunque he leído eso lo menos veinte veces, yo creo que la Historia no se repite.

Podrá darse el caso de que la Civilización cree formas de vida muy parecidas a otras que ya existieron anteriormente;

pero que las reproduzca exactamente iguales, me parece imposible.

En la vida de un hombre no hay dos momentos iguales. Tampoco los hay en la vida de la Humanidad.

Si ese lugar común de que la Historia se repite fuese una verdad axiomática, el hombre viviría todavía en las cavernas y se vestiría con pieles. La Humanidad no habría evolucionado nada, y el progreso sería una mentira.

No; no puede ser. La Historia no se repite. La experiencia acumulada es un factor de evolución, de progreso. Y es imposible que la Humanidad de hoy, teniendo en sus manos la experiencia de todas las generaciones que la precedieron, se produzca del mismo modo que los hombres primitivos, que no tenían esa experiencia.

Si los comunistas rusos aspiran al comunismo sexual, yo estoy seguro que ese comunismo no es una repetición del comunismo que se practicaba en los grupos humanos primitivos.

La Historia se reproduce, lo mismo que el hombre; pero no se repite. El comunismo sexual de los rusos no será igual que el que se practicaba en los clanes de la Humanidad primitiva y salvaje.

El comunismo sexual primitivo era inconsciente, animal y disgénico; antihigiénico, casi irracional y anticientífico.

Hoy no puede ser lo mismo. El grado de civilización de hoy, los avances de la Ciencia, los estudios de la Sexología, los adelantos de la Eugenesia y el perfeccionamiento del anticoncepcionismo, aplicados al comunismo sexual de los rusos darán resultados completamente distintos a los aspectos del comunismo sexual de los salvajes.

El comunismo sexual ruso tendrá muchos puntos comunes con la promiscuidad sexual de los clanes primitivos, pero no será igual.

Si ahondáramos un poco, pronto veríamos que original no hay nada. Ni en el comunismo de los rusos, ni el individualismo de Pío Baroja.

Pero no es ese el camino para poder hablar de lo que consideramos original y de lo que estimamos que no lo es.

A los que aspiramos al amor libre, se nos dice que esto no es nada nuevo. Que ya en la antigüedad hubo pueblos que vivieron en completa libertad sexual, y que las primeras manifestaciones de la vida sexual de la Humanidad fueron el amor libre.

Muy bien. Ya tenemos otra vez a los partidarios del sofisma de que « la Historia se repite ».

Yo no diré nunca que el amor libre que propagamos hoy es una cosa completamente original, nueva. Lo que digo y diré es que la libertad sexual de hoy es muy distinta a la que se practicó en los pueblos primitivos.

Hoy propagamos el amor libre, pero cuidamos mucho de que los hijos no nacidos paguen las consecuencias de la libertad de los padres.

Aspiramos a que la satisfacción de las necesidades y deseos sexuales sea libre, sin inconvenientes ni cortapisas.

Aspiramos a que sólo tengan hijos las mujeres y los hombres sanos, inteligentes y robustos.

Y aspiramos a que vivan unidos toda su vida los individuos locamente enamorados, pero sin tener hijos, si no reunen las condiciones para ello.

El ideal supremo de cuantos propagamos el amor libre no es la satisfacción de los deseos sexuales y amorosos de las mujeres y los hombres con perjuicio de la especie, de los hijos.

Es todo lo contrario. Aspiramos a que el amor libre, lejos de perjudicar a la especie humana, la beneficie.

Los enemigos de la libertad sexual dicen que el amor libre es la prostitución universal. Y que es desenfreno y orgías de lujuria.

Nada de eso. El amor libre es suprimir todo eso precisamente. Es acabar con los burdeles, con las prostitutas, con los libertinos, con los conquistadores de mujeres, con los hijos sin padre, con las mujeres « deshonradas », con el « adulterio », con las violaciones, con la castidad forzosa, con la masturbación y con la mayoría de los vicios y delitos sexuales.

Esperamos que dentro de pocos años, en lugar de ser las prostitutas las encargadas de satisfacer la necesidad sexual de los no casados, serán las mujeres solteras; mejor dicho : todas las mujeres, pero principalmente las solteras.

Es propio de salvajes, que sólo unas pocas mujeres convertidas en máquinas sexuales, tengan que cargar con la labor de todas.

En lugar de satisfacer la necesidad sexual en el estercolero de los prostíbulos como hoy se hace, dentro de pocos años esas necesidades se cubrirán con sencillez, con limpieza, con mutua alegría y simpatía recíproca.

Al comercio sexual con las mujeres infectadas y embrutecidas del prostíbulo, ha de sustituir la libre satisfacción sexual entre hombres y mujeres. Sin borracheras, sin mer-

cantilismos, sin sífilis, sin brutalidad y con cariño y amistad.

Los hijos quedarán a salvo de estas uniones pasajeras, producto de la necesidad sexual del momento.

Sólo nacerán hijos de las uniones duraderas, hechas por amor, no por necesidad fisiológica, y siempre que esas parejas reunan las debidas condiciones para procrear hijos sanos, fuertes e inteligentes.

Ya estamos viendo cómo el amor libre que preconizamos hoy no tiene nada de común con la prostitución, ni en nada se parece a las libres costumbres sexuales de algunos pueblos primitivos.

La libertad sexual de hoy es muy distinta a la promiscuidad sexual primitiva.

Parece mentira que haya escritores que crean que la Humanidad puede volver a vivir otra vez etapas de su edad ya vividas en épocas pasadas.

Yo no creo esto. Yo creo que ni la Humanidad, ni la Naturaleza, ni nadie, pasan dos veces por el mismo camino.

Volver a vivir otra vez el pasado, me parece imposible en la especie humana actual. Yo no puedo admitir eso.

LA FUERZA DEL SEXO

En un reportaje sobre el matrimonio, he leído una manifestación nueva del hecho sexual: el casamiento secreto.

Este casamiento se practica en Madrid. Y consiste en unirse la mujer y el hombre sin que nadie se entere, ni aún los padres.

Los casados viven cada uno en su casa. Igual que si fueran solteros. Pero todos los días, en habitaciones alquiladas para estos casos, tienen entrevistas íntimas en las que el hombre y la mujer se comportan como amantes, o como marido y mujer, que lo mismo da.

Claro está que este casamiento en secreto sólo puede hacerse en las poblaciones. En ellas hay la costumbre de ir los novios solos, sin policías ni vigilantes familiares al lado o detrás.

En las poblaciones, además, nadie conoce a nadie, ni nadie se ocupa de nadie.

En el campo y en los pueblos pequeños no se puede hacer esto. Aquí todos se conocen y todos se enteran de lo que hace éste y de lo que no hace aquélla.

Esto es lo que yo creo que da lugar a que en los pueblos y aldeas se haga el casamiento por fuga; es decir, llevarse el

novio a la novia, salirse los novios, previo acuerdo de ambos, cosa que parece ser no se hace en las poblaciones.

Es muy corriente atribuir a la moral de las personas muchas acciones que son producto del lugar en que se vive.

Yo conozco una maestra de escuela que fué destinada desde Madrid, en donde vivía, a una aldea de la provincia de Almería.

Como en Madrid no había visto nunca el casamiento « por fuga », al enterarse en la aldea, una mañana, que la noche anterior se habían salido unos novios, se asustó.

Creyó que la muchacha que se había ido gustosamente con su novio, no podía ser una mujer decente; era una prostituta, que sólo en algún burdel podía ser admitida, y que ni sus padres ni la gente podían ya estimarla una mujer « honrada ».

Hasta llegó a decir que esa muchacha tenía ya para siempre una « mancha » imborrable sobre su honor. ¡ La canaba !...

Como mujer superficial, esta maestra creyó que las muchachas de Madrid, que no se van con los novios, son más decentes que las de los pueblos almerienses.

Yo no lo creo así. Yo no puedo creer que las mujeres de las ciudades son de naturaleza distinta a las de las aldeas.

Las mujeres del campo no son ni más ni menos que como las de las poblaciones.

Si en el campo las muchachas se salen con el novio, en las poblaciones hay el casamiento en secreto.

Si en los pueblos fuera posible casarse en secreto, como en las ciudades, yo estoy seguro que la costumbre de fugarse los novios se acabaría, mejor dicho : no existiría.

El hecho irrefutable es que el sexo tiene una fuerza arrolladora. Que no se somete a los mandatos de los sacerdotes, a las reglas de los moralistas ni a las leyes de los gobiernos.

El sexo no espera. Tiene hambre y quiere saciarla. Donde no es posible el casamiento en secreto, los novios se fugan. Y donde no es posible ni lo uno ni lo otro, se practica el amor libre, se echa mano a la prostitución o se recurre a vicios solitarios.

A las personas todo se les vuelve hacer trabas para encadenar al sexo. Pero el sexo se ríe de todos sus tiranos. Tiene más fuerza que un terremoto. Es un gato que no hay Dios que le ponga el cascabel.

De nada sirve a los enamorados que los sacerdotes digan : « No pequéis. El amor libre es un pecado mortal. Los amores

fuera del matrimonio están condenados por la Iglesia. »

Los sermones de los padres a los hijos, diciéndoles que no se casen jóvenes, que no se fuguen, que no hagan de novios lo que sólo debe hacerse cuando está uno casado « como Dios manda », y que no deben casarse hasta que no tengan un « porvenir seguro », estos sermones es predicar en desierto.

Los hijos, de buena gana quisieran muchas veces hacer el gusto de los padres. Pero el sexo es más fuerte que la misma voluntad.

« El matrimonio — dice el reportaje antes mencionado — ha sido siempre, fundamentalmente, un problema económico. La mayor parte de los hombres, y más las mujeres, se han casado siempre cuando han podido, no cuando han querido. »

Esta es una verdad incontrovertible, que nadie puede negar. El matrimonio sólo es posible hacerlo cuando se tiene los suficientes medios de vida para poder vivir sin ayuda de los padres.

Esos medios de vida, generalmente se los procuran los jóvenes muy tarde. Algunos llegan a contar 35 años, sin tener todavía recursos suficientes para vivir en casa aparte separada de los padres.

El sexo no puede esperar tanto. Por un medio u otro, viendo que el matrimonio no llega, los jóvenes acaban por satisfacer sus necesidades sexuales sin esperar el casamiento « como Dios manda ».

Esto es lo que me ha hecho decir en alguna de mis obritas, que el matrimonio es una institución sexual incompleta, que no abarca toda la vida sexual del ser humano, sobre todo en los años de la juventud, época en que las necesidades sexuales son más imperiosas que en ninguna otra edad.

Algunos han considerado que esta opinión mía es extremista y caprichosa: consideran que yo digo eso porque soy enemigo del matrimonio, no porque es una verdad razonable.

Nada más equivocado. Precisamente si soy enemigo del matrimonio, tal como aún hay que hacerlo, es porque veo que no resuelve el problema sexual de los jóvenes.

En prueba de mis opiniones, que alguna verdad deben encerrar, cuando los hechos las demuestran, ahí tenéis lo que pasa en las poblaciones.

No pudiendo las necesidades sexuales de los novios esperar que éstos tengan el dinero necesario para vivir fuera de la casa de los padres, las parejas enamoradas resuelven satis-

facer esas necesidades del sexo sin hacer vida separada de la familia.

Bien visto el matrimonio secreto no es otra cosa que una manifestación del amor libre, porque verse de vez en cuando en una casa ajena una pareja de enamorados que no van allí con otro fin que el de cambiarse unas caricias, satisfacer una necesidad y pasar unas horas de dicha, es cosa que no se parece en nada a lo que la gente entiende hoy por matrimonio.

El hecho sexual tiene más fuerza que todos los demás estímulos de la voluntad humana.

Es superior al hecho económico. Del mismo modo que el hecho económico es superior al hecho político.

Ante el sexo no hay moral, ni autoridad, ni ley, ni amenazas, ni razones.

El sexo es indomable. Cuando no se le satisface se venga cruelmente.

Cualquiera solución que queramos dar a las necesidades sexuales que no sea la de satisfacerlas libre y dignamente, la estimo un desacierto.

« Al sexo — ha dicho no recuerdo quién — se le satisface, se le prostituye o se le trasciende. »

Yo estimo honradamente que antes de prostituirnos en el infierno del hambre sexual, lo mejor es dar plena satisfacción a las necesidades del sexo.

Si Dios existiera, sería un esclavo de su sexo insatisfecho.

LA MORAL SEXUAL

En la naturaleza humana hay más determinismo de lo que nos pensamos. No somos tan libres como creemos. Nuestros actos son más hijos de nuestras conveniencias y nuestra naturaleza, que de nuestra voluntad.

La voluntad misma no actúa más que a impulsos de aquello que más nos conviene, de aquello que mejor satisface nuestras inclinaciones naturales o adquiridas.

No hacemos lo que nos parece, sino lo que nos conviene, que es lo que mejor satisface nuestras tendencias naturales.

Si obro bien no es porque me da la gana de ser bueno, sino porque obrando así obtengo un placer y satisfago mis naturales inclinaciones.

Podré obrar mal alguna vez influído por la gente, por la necesidad o por el ejemplo, pero ese hecho malo no será más que un pequeño desvío en el recto camino de mi conducta buena.

Es muy corriente culpar a nuestro capricho de obrar bien o mal, de lo que son culpables casi siempre nuestras inclinaciones naturales, la influencia del medio, las imposiciones de la moral antibiológica y la imperfección de las instituciones sociales.

Porque la naturaleza humana, en el terreno sexual, no puede adaptarse al molde monogámico y abstinente fabricado hace veinte siglos por el cristianismo; dicen los sacerdotes que el hombre es vicioso, malo, incorregible y perverso. Que la humanidad no tiene enmienda. Y que no hay modo posible de regenerar al ser humano y hacerle virtuoso y casto.

Yo creo que todos estos defectos que los sacerdotes cuelgan al hombre, no son de éste, sino del molde sexual y moralista del cristianismo.

Si hay adulterio es porque primero hay matrimonio. Y si hay « pecadores » es porque antes se ha fabricado el « pecado ».

Para faltar a la ley es condición precisa que la ley exista. Si hay quienes se ensucian en Dios es porque los sacerdotes lo han inventado antes.

Porque las necesidades del sexo no pueden encerrarse en los defectuosos moldes del matrimonio monógamo, y hay millones de personas que se ven obligadas por la necesidad a satisfacer su sexo fuera del matrimonio, dicen los *moralistas* que las mujeres no son honradas; que los hombres son muy libertinos y que la humanidad está muy pervertida.

A cualquiera de estos moralistas de la moral artificiosa y antibiológica le diría yo :

— Los defectos que ustedes cuelgan al hombre, ¿ no serán tal vez los que el matrimonio tiene ? La inmoralidad que ustedes cargan a las personas, ¿ no será quizá de la moral de ustedes ?

Si hay personas que se ven forzadas a satisfacer sus necesidades sexuales fuera del matrimonio, lo más lógico es suponer que, si en esto hay inmoralidad, lo inmoral está en el matrimonio, no en las personas que satisfacen su sexo fuera de él.

En un reportaje sobre el matrimonio, leo lo siguiente :

« ... Le planteé tajante — dice una muchacha — el dilema

a mi novio: « O nos casamos inmediatamente o dejamos este amor, que ya huele a puchero de enfermo. » Me hizo las objeciones de siempre: « Que él tenía que terminar antes su carrera de arquitecto; que yo tenía que concluir la mía de Ciencias Históricas; que después tendríamos que trabajar una temporada y ahorrar dinero para poder poner la casa... » En fin, ¡ la caraba !; que todo ello suponía otros cinco años de espera, que, desde luego, mi *paciencia* (esta palabra la subrayo yo) no podía soportar. »

Aquí se ve la tranquilidad del novio, haciendo a su amada la factura de inconvenientes que les impiden hacer el matrimonio.

La que no se presta a esperar más es la novia, que ya va acabándosele la « paciencia », lo que traducido al lenguaje sincero quiere decir » necesidad sexual desesperada ».

Está bien a las claras que esta muchacha no tiene relaciones sexuales con nadie, ni aun con el novio. Por eso su paciencia, como ella dice, no puede soportar más.

Al novio no le ocurre igual. El está decidido a esperar *pacientemente* los años que se presenten.

Se conoce muy bien que su *paciencia* tiene con quien satisfacerse. Por eso no tiene prisa.

Esta desigualdad en la satisfacción de las necesidades sexuales del hombre y la mujer no casados, es una de las cosas que más me indignan de la moral acordeón que hoy practican los moralistas inmorales, que en teoría son muy castos, pero que en su conducta son verdaderos apóstoles del libertinaje y del prostíbulo.

« El casamiento en secreto — dice el reportaje citado — evita que pasen muchas cosas entre novios, que no deben de pasar y les da libertad para amarse plenamente con absoluta tranquilidad de conciencia. »

Esto nos demuestra plenamente que muchas de las « cosas » que pasan entre novios, que no deben de pasar, no ocurren porque los novios son unos *sinvergüenzas* y unos *inmorales*, sino por culpa de la inmoralidad del matrimonio, institución sexual que no siempre está al alcance de todos los enamorados, para satisfacer en él la necesidad sexual de los no casados.

El hecho evidente de que el matrimonio es imposible de ser realizado cuando las necesidades del sexo son más imperativas y apremiantes, es decir, en la juventud, nos dice con toda claridad que el matrimonio como institución sexual, como forma de realización del hecho sexual, es una cosa incompleta y bastante defectuosa e inmoral.

El matrimonio individualista es más una institución económica y religiosa que sexual.

Para satisfacer los hombres y las mujeres sus necesidades sexuales y sentimentales, ¿ qué falta hace el dinero, qué falta hace la ley, la moral y la religión, qué falta hace terminar ninguna carrera ni esperar ningunos cinco años ?

Las mismas causas que hacen que entre novios « pasen cosas que no deben de pasar », y que en las poblaciones exista el casamiento en secreto, son las que motivan el casamiento por fuga en los pueblos.

Todo esto tiene un motivo único : la falta de dinero, sin el cual no es posible hacer el matrimonio.

Si muchos hombres y mujeres no se casan « como Dios manda », no es porque no quieren, ni porque son unos inmorales; es porque no pueden. Porque no tienen dinero. También muchas veces porque los padres meten la « pata ».

Fugarse los novios. Casarse en secreto. Y pasar cosas entre novios que no deben de pasar, no son culpas de la inmoralidad y de la imperfección del matrimonio. Son frutos de la naturaleza sexual de los humanos, que para su normal desenvolvimiento necesitan satisfacer cuando el sexo lo pide, las necesidades sexuales del organismo sano y lleno de vida.

La moral, que no tiene en cuenta la satisfacción del conjunto de necesidades del ser humano y que condena al no funcionamiento temporal o perpetuo a algunos de los órganos de nuestro cuerpo, es francamente inmoral.

No hay más sistema de moral indiscutiblemente verdadero que aquel que tiene por fundamento la plena satisfacción y el funcionamiento completo, respectivamente, de todas las necesidades de nuestra vida y de todos los órganos de nuestro cuerpo.

Todo sistema de moral que no cumpla esas condiciones, es contrario a la Vida. Y lo que contra la vida va, nunca puede ser reputado de moral, de digno ni de bueno.

Bueno, y por consecuente moral, es todo aquello que favorece la conservación y el perfeccionamiento de la Vida.

« Toda teoría moral — dice Charles Richet — debe estar basada en la felicidad humana. Un sistema de moral, de acuerdo con el cual fuesen los hombres desgraciados en su mayoría, es un absurdo tan evidente, que huelga demostrar que lo contrario es lo verdadero. »

No necesito decir aquí que el concepto que aun se tiene hoy, particularmente en España, de la satisfacción normal de las necesidades sexuales, es causa de muchas desdichas

entre los jóvenes de ambos sexos, por no decir entre todo el mundo.

Todos los días leo en el periódico las tragedias sangrientas en que, por culpa de una moral salvaje y antibiológica, acaban muchos novios, muchos amantes y casi todos los matrimonios.

Esto es lo que se sabe, que son los casos que no se han podido ocultar. ¡ Qué y cuántos serán los que no llegan a saberse !

LA PROSTITUTA Y LA AMANTE

Aunque la gente llama prostituta a toda mujer que « duerme » con un hombre que no es su marido, hay algunas diferencias entre la mujer que realmente es lo primero y la mujer que es una amante.

La prostituta se entrega a un hombre, al que sea, sin conocerlo siquiera.

En esta entrega no hay simpatía, ni amor ni cariño. Ni la mujer gusta al hombre, ni el hombre gusta a la mujer.

Ninguno de los dos siente nada por el otro. Si alguno siente algo, esta sensación o sentimiento es asco, repugnancia u odio.

En realidad, la prostituta no se da nunca : se vende siempre.

No conozco ningún hombre que, después de haber cohabitado con una prostituta, no salga asqueado, arrepentido, algo invadido por la tristeza.

Ninguna prostituta se siente alegre después de venderse a sus compradores. Cuando no están borrachas, todas están tristes y pensativas.

La amante es una mujer muy diferente a la prostituta. No se vende a todos los hombres. Se da a los pocos que le gustan. Se entrega siempre por amor, por deseo, por simpatía o por cariño.

Después del goce íntimo con el hombre, la amante se siente feliz, satisfecha, alegre, tranquila. Ve entre sus brazos a su amante, al hombre que le gusta, y lo besa con ardor, con amor, poniendo en sus besos su corazón, su alma y su vida.

No puede ser lo mismo la mujer que se vende a cualquier hombre que no conoce, que la mujer que se da a un hombre determinado que le atrae, le agrada y le gusta.

La prostituta se vende a todo el mundo, a todos los hombres, le gusten o no le gusten. Basta que paguen para que ella no se niegue a ninguno. Todos son buenos con tal de que lleven dinero.

La amante es una mujer muy distinta. Se da solamente al hombre por el cual su corazón se estremece en su presencia. Por gozar con él, no quiere dinero ni cosa que lo valga.

A la hora de desnudarse, la amante no mira más que al hombre; la prostituta en cambio, lo que la interesa es el dinero, sin importarle quién es el que se lo da.

La prostituta es una mujer que en su cuerpo ha puesto una tienda sexual. De esa tienda, de lo que en ella se vende, vive la prostituta.

Ningún comerciante, nadie que vende algo, rechaza a ningún comprador por feo, asqueroso o antipático. En llevando dinero y pagando la mercancía, todos los compradores son buenos, todos son parroquianos.

Eso mismo es lo que hace la prostituta. Su tienda, que es su cuerpo, está abierta para todo el mundo: viejos, jóvenes, pobres, ricos, sucios, limpios, tontos, feos, guapos, listos, brutos, inteligentes, borrachos, piojosos, criminales. En pagando, todos son buenos. A ningún comprador se le deja de vender si lleva dinero para pagar sus compras.

La amante no es una tienda sexual ni mucho menos. Jamás se venderá. Nunca se entregará a un hombre por dinero.

El que crea que por pesetas se puede conseguir una amante, está equivocado. Por dinero no puede conseguirse más que una prostituta, que si es muy cara será una puta de lujo, pero no por eso dejará de ser una prostituta.

La mujer que se cede a un hombre a fuerza de pesetas, es siempre una prostituta, sea quien fuere esa mujer.

No gustándole, la amante no se entrega a un hombre por ningún dinero del mundo.

La prostitución sexual no es más que eso: darse una mujer por dinero a un hombre que no le gusta.

Mientras una mujer y un hombre gocen por amor, porque se gustan, se quieren o se tienen simpatía o cariño, no puede haber prostitución.

Hay prostitución cuando, además de intervenir el dinero, el hombre y la mujer se entregan como dos máquinas haciendo el acto sexual sin emoción, sin entusiasmo y sin cariño.

En todo goce sexual digno, por materialistas que sean la mujer y el hombre, hay siempre cierto placer moral, una

dicha espiritual nacida del contacto de dos almas que se atraen y de dos corazones que gústanse y se quieren.

En las aproximaciones sexuales entre prostituidos y prostitutas, no ocurre eso. Aquí no hay ningún placer del alma, ningún goce espiritual, ninguna emoción sentimental... Aquí es todo animalidad bruta, materia mecánica sin sensibilidad, sin espiritualismo y sin vida.

Entre amantes no pasa eso. Entre amantes hay dicha espiritual, placer sentimental, felicidad moral, entusiasmo anímico...

Lejos de lo que cree la gente, se ve que hay bastante diferencia entre una mujer y un hombre que se aman, y un hombre y una mujer que se prostituyen.

No es lo mismo ni una misma cosa, la mujer que ama y la mujer que se prostituye. La amante no es la prostituta. La amante es una mujer honrada, digna y elevada. La prostituta es una mujer sin dignidad moral, una máquina de placer y una tienda de goces materiales y perversos.

Ya va siendo hora de que escupamos la « honradez » vaginal, el « honor » sexual y la dignidad himenal.

Es propio de estúpidos y de salvajes, poner la honra en el mayor o menor número de frotamientos sexuales hechos con hombres que no son el marido legal.

Ninguna mujer razonable y desprovista de prejuicios sexuales puede sentirse deshonrada, y mucho menos prostituída, por cohabitar con un hombre que a ella le gusta y lo ama, aunque ese hombre no sea su marido.

No olvidemos que un marido no es más que un propietario sexual de una mujer que se llama « su esposa », cuando su nombre verdadero debe ser « la propiedad sexual del señor Tal ».

Puestos a ahondar un poco en la cuestión, pronto llegaríamos a la conclusión de que la esposa es una mujer con mucha menos honra que la amante. Y que ésta, en último análisis, es la única mujer honrada que existe.

Si llenos de mala fe llamamos prostituta a la amante, no tendremos más remedio que reconocer que la esposa es mucho más prostituta que la amante.

Cualquier mujer propiedad sexual de un marido, está mucho más prostituída que la amante libre. Esta es una mujer sexualmente libre; la esposa no lo es, puesto que es una propiedad sexual particular del marido.

La prostituta es una mujer que se prostituye con todos los hombres. La esposa es una mujer prostituída con un

solo hombre. Y la amante es una mujer que no está prostituida con nadie.

De todas las mujeres, la amante libre es la única que no puede ser llamada prostituta. Pues hasta las monjas, vírgenes a la fuerza, son unas prostituidas por defecto.

La « virginidad » de la monja y la « honradez » de la esposa, son solamente vaginales. Espiritualmente son tan prostitutas como las del burdel, la esposa y la monja.

LA UNICA SOLUCION DEL PROBLEMA SEXUAL

En último análisis, la prostitución tiene por causa principal la necesidad sexual del hombre.

Si suprimimos la prostitución, forzosamente hemos de ver cómo haremos frente a la satisfacción de las necesidades sexuales de los hombres.

Es inútil suprimir la prostitución sin antes ver el modo de encontrar una fórmula sexual que, fisiológicamente, cumpla el papel que hoy cumple la prostitución.

Creer que suprimiendo las prostitutas, los hombres han de contentarse con vivir castamente o con recurrir a la masturbación, es una majadería que sólo puede ocurrírsele a un cura, o a un paisano mío que se llama Plácido.

La única solución acertada y racional del problema sexual no puede ser otra que el amor libre, la libertad sexual.

El mejor modo, y el único, de suprimir los motivos fisiológicos, naturales, de la prostitución, es procurar una vida sexual en la que los hombres estén plenamente satisfechos en sus necesidades sexuales.

Mientras los hombres solteros no puedan satisfacer sus necesidades sexuales con mujeres decentes, la prostitución tiene su vida asegurada, porque no tienen más remedio que recurrir a las prostitutas para cubrir sus necesidades.

El día que los hombres solteros puedan satisfacer su necesidad sexual con las muchachas, con las mujeres solteras, ese día la prostitución habrá recibido un golpe mortal.

Yo no creo que vaya a las prostitutas, el hombre que está satisfecho con mujeres decentes. Sólo un degenerado, un lujurioso o un pervertido hará eso.

Va a las prostitutas el hombre que no encuentra otro modo mejor de satisfacer sus necesidades sexuales.

Nadie compra pan, que puede no ser bueno, pudiendo hallarlo gratis y de buena calidad.

Yo, no he tenido relaciones sexuales con prostitutas más

que una sola vez. Tenía yo entonces diez y ocho años. Ella era una mujer fina y alta. Se llamaba A..., y no parecía ser una prostituta profesional.

Yo estaba harto de masturbarme. Esto y el deseo de saber qué era una mujer, junto a una necesidad sexual que me abrasaba, fueron los motivos que me llevaron al prostíbulo.

Después de esa única vez, no he ido más, ni pienso ir.

Me dejó tan frío, tan desilusionado, el contacto sexual con aquella prostituta, que desde entonces a acá recurrí al amor libre.

Cuando esto no podía ser, resolvía mi problema sexual con la abstención y la masturbación.

Esta situación, que yo la creía desastrosa para la salud y repugnante a mi conciencia, me decidió al casamiento, haciéndolo a los veintiún años.

Todos los hombres no obran así. Los más se dejan arrastrar por el fango de la prostitución. Y los tímidos acaban por hacer de la masturbación el encanto de sus placeres sexuales.

Ninguna de estas dos soluciones del problema sexual, la creo propia de un hombre digno y de conciencia elevada. Las dos me repugnan y las creo repulsivas y propias de esclavos.

Mientras el hombre no encuentra la mujer que busca para compañera, con la cual no debe unirse más que por verdadero amor, su necesidad sexual no ha de estar asfixiándose entre la masturbación, la abstención y el burdel.

Hay que convencer a las mujeres decentes de que esto es criminal.

No es humano ni digno ni natural, que los jóvenes destrocen su salud por causa de no satisfacer racionalmente su necesidad sexual, mientras las mujeres solteras permanecen vírgenes de vagina y se pasan muchas veces con la falta de goces sexuales.

La necesidad sexual del hombre es una verdad que nadie puede negar.

Por lo tanto, lo lógico y humano es satisfacer esa necesidad del mejor modo posible. Sin echar mano a la abstención, a las prostitutas o a la masturbación.

No es justo ni racional condenar a unas cuantas mujeres metidas en un burdel, a satisfacer las necesidades sexuales de todos los hombres, y que es un deber de todas.

Las mujeres decentes deben reconocer que ellas son las culpables de que haya prostitutas.

Si ellas cumplieran con su deber de mujeres para con los hombres, éstos no irían a los prostíbulos, y las prostitutas tendrían que meterse a mujeres honradas.

Las muchachas creen que se benefician con algo con no dar satisfacción a las necesidades de los hombres.

Están equivocados. No consiguen beneficio ninguno. Al contrario : lo que reciben son muchos perjuicios.

En primer lugar, está demostrado que el no tener relaciones sexuales las personas sanas, es perjudicial a la salud, tanto para la mujer como para el hombre.

En segundo lugar es indudable que la causa de la perdición de las pobres muchachas que caen en los burdeles, está en la conducta de las mujeres decentes, que se niegan a dar satisfacción a las necesidades sexuales de los hombres, que no pudiendo satisfacerse con mujeres honradas, se ven en la necesidad de ir al prostíbulo y meter a putas a las mujeres decentes que les hacen falta.

Las muchachas deben pensar también que ellas no están libres de caer en el burdel. Y si a una no le toca, le puede tocar a su hermana o a su amiga, o a su prima.

El burdel necesita continuamente renovar sus mujeres, traer carne nueva y fresca, y no hay que dudar que esa carne nueva forzosamente ha de ser la de las muchachas decentes.

Las que tengan la suerte de escapar a la caída en el burdel, también están expuestas a salir perjudicadas con que haya prostitutas.

Si se casan, como por culpa de ellas los hombres han ido a las prostitutas, muy fácil sus maridos están infectados, y las nuevas casadas cargan con el cieno del prostíbulo.

En resumidas cuentas : que yo no veo qué beneficios alcanzan las mujeres honradas con no satisfacer la necesidad sexual de los hombres.

El pus de las prostitutas, producido por culpa de las mujeres decentes, suele ser casi siempre el dulce manjar sexual para muchas muchachas en la primera noche de casamiento.

Las novias que tienen la suerte de escapar al contagio al casarse, no « pillan » de sus maridos más que los huesos que las prostitutas no han querido.

Sólo desperdicios, residuos sexuales que las prostitutas han desechado, es lo que gozan de los hombres las muchachas honradas que se casan.

De los casamientos que veis hacer, ¿ qué maridos son los que no están ya hartos de revolcarse con prostitutas y de ser exprimidos por ellas como se exprimen los limones ?

Yo creo que ninguno. Conozco un poco la conducta sexual de los hombres solteros de hoy. Todos están hartos de que los soben las prostitutas.

Compadezco a la mujer que vive veinte años sin permitir un beso de hombre, a fin de pescar un marido, para luego casarse, si encuentra alguno, con un hombre que está más exprimido sexualmente, que un limón.

Esto es muy triste, muy injusto. A mí me subleva. ¿ Cómo están las muchachas para no ver esto ?

¡ Es que es humano ni racional unir una mujer entera con un hombre deshecho !

Ya es hora de que las mujeres se den cuenta de que sólo ellas son las verdaderas y principales culpables de las desdichas sexuales y amorosas que afectan a la sociedad entera.

Las mujeres decentes tienen la palabra. Y los hechos.

LA PROSTITUCION Y EL AMOR LIBRE

Hay muchas personas de ideas avanzadas que no saben explicarse por qué siendo tan fácil el amor libre, los hombres siguen yendo a los prostíbulos.

Es muy sencillo. La prostitución es un servicio sexual del hombre, mucho más cómodo que el amor libre.

Es más fácil entrar a un burdel, coger a una prostituta del brazo y llevársela a la cama, que pedir amor a cualquier mujer que no vive de vender su cuerpo.

La prostituta, en viendo dinero, se pone boca arriba con cualquier hombre, sea éste un bruto, un alcohólico o un ser podrido.

Cualquier mujer algo digna no hace eso. Aceptará dormir con un hombre por necesidad orgánica, por amor o por hacer un bien a un semejante, pero nunca venderá su cuerpo ni dará goces a cambio de dinero u objeto que le sustituya.

Una mujer de estas no acepta a todos los hombres. Acepta a los que se lo merecen, a los que a ella le gustan, y rechaza a los borrachos, a los viciosos, a los tocados por todas las llagas de la lujuria encenagosa y repugnante.

Una mujer sin prostituir, no se da tampoco a un hombre a la primera señal de éste. Necesita conocerlo, saber quién es, con qué intenciones viene, por qué la solicita. Si a ella le gusta, pensará muy bien si debe admitirlo o negarse.

Todo esto requiere tiempo, paciencia en el hombre, perseverancia, voluntad para gustar a la mujer que nos simpatiza.

Los brutazos, los lujuriosos impacientes, los que apenas ven una mujer quieren poseerla, los que no saben esperar ni hacerse gustar por las mujeres, no tienen calma para satisfacer sus deseos con las que no se prostituyen.

Les es más fácil ir a un burdel, sacar dos duros o dos pesetas, y comprar una prostituta por cinco minutos.

Esto les ocurre también a los jóvenes; tímidos, sin valor para acercarse a una mujer decente, satisfacen sus imperiosos deseos sexuales en la carne fácil de las mujeres del burdel.

Yo conozco en mi familia a un hombre bastante catador de mujeres, que no tiene más medios de hacerse agradable a ellas, que enseñarlas un billete de cien pesetas, o dos, o medio, según el caso.

Este « tenorio » con herraduras de plata, como no tiene ninguna cualidad ni ninguna gracia que a las mujeres les puedan ser atrayentes y simpáticas, echa mano a sus billetes. Es su arte de enamorar.

Yo no sé los triunfos amorosos que obtendrá ese hombre por ese procedimiento.

Creo que serán pocos, porque una mujer decente nunca puede enamorarse de un hombre por el dinero.

La mujer que cohabita con un hombre por dinero, es dos veces prostituta : primero, porque tomar dinero por esto es venderse, y segundo, porque la mujer que cohabita por dinero, es porque no le gusta el hombre.

Hacer el acto sexual con quien no nos gusta ni agrada, prostituye tanto como tomar dinero por practicar el coito.

Mientras abunden los jóvenes miedosos que con el sexo hambriento no tienen decisión para acercarse a las mujeres y pedirlas lo que de ellas les hace falta, la prostitución tiene su vida asegurada.

La juventud de hoy, al menos en España, debido a la influencia castradora que sobre la personalidad humana ejerce el embrutecedor catolicismo, está compuesta de jóvenes sin carácter, sin iniciativas personales, sin espíritu de decisión ni valor para ir de las palabras a los hechos.

Esta labor católica de castración mental de la juventud, es lo que aparta a los jóvenes de las mujeres sanas y decentes, y los echa en brazos de prostitutas enfermas y contaminadas.

Satisfacer las necesidades sexuales en el amor libre, tiene más rodeos e inconvenientes que revolcarse en los estercoleros de los prostíbulos.

Mientras las muchachas decentes se consumen en una necesidad sexual permanente y continua, los jóvenes recurren a la masturbación y al burdel, prostituyéndose en el fango de las mujeres manchadas por todas las perversiones y por todos los excesos.

A esto le llaman los hipócritas tener una juventud casta, que se mantiene como fondo de reserva para ir realizando poco a poco esas « santas y honestas » uniones que yo llamo « prostitución matrimonial ».

Es casi inútil hablar de amor libre. No le escuchan a uno. Estiman un libertino, un pervertido, un vicioso, al que se ocupa de estas cosas.

Parece que en España no hay más que hombres y mujeres híbridos, asexuados o sin sexo.

Y lo que más me llena de indignación no es esto, sino el ver que combaten el amor libre en la juventud, los mismos que saben la vida puerca que hacen los jóvenes en cabarets y burdeles.

Yo no veo mal que combatan el amor libre los moralistas enemigos del sexo, que de hecho, tampoco aprueban la prostitución.

Lo que no me parece bien es que lancen diatribas contra las libertades sexuales, los calculadores hipócritas, que tienen el burdel como centro de expansiones lujuriosas y que pregonan a boca llena que las prostitutas son necesarias para mantener la « pureza » de las costumbres « cristianas ».

Oyendo a estos sinvergüenzas le dan a uno ideas de coger una estaca e implantar el amor libre a garrotazos.

Un paisano mío, que tiene muy poco de original y mucho de necio, de imitador y de variable, me dice que él no está conforme, si se casa, con que su mujer se enamore de algún hombre.

« Si mi mujer, dice, se enamora de otro, que se vaya con él. Yo la dejo. Es muy libre de hacerlo. Pero después de estar con otro, esa no entra más en mi casa. Eso no lo consiento. »

Yo le contesté: « Está bien. Pero no me negarás que ella tiene el mismo derecho a hacer lo mismo contigo, si tú haces lo que a ella le prohibes. »

« ¡ Ah, no ! Eso no, añadió. Si a mí se presenta una mujer que me gusta, yo no desperdicio la ocasión. »

« ¿ Estás viendo ?, le respondí yo. Tú quieres para ti la soga larga, y para tu mujer, la traba, o la soga corta. Esto ya no lo veo bien. Ahora veo en ti que desaparece el hom-

bre, el hombre justo, y aparece el propietario sexual de una mujer. »

Me tiene sin cuidado que los casados practiquen o no el amor libre. Esto no me interesa. Lo que a mí me interesa es que haya igualdad de sexos, igualdad sexual, que las mujeres tengan la misma libertad que los hombres en materia sexual.

De ningún modo puedo consentir que los hombres prohiban a sus mujeres lo que tanto les gusta a ellos. Esto me llena de indignación y de coraje.

Toda desigualdad es injusta. Y la sexual, mucho mas, por ser humillante para la mujer, que deja de ser dueña de su cuerpo para convertirse en una propiedad esclava de los caprichos cuadrupescos de un hombre hecho marido.

Ninguna persona sensata y decente puede aprobar humillaciones de nadie. Esto es prostituir a las personas.

En fin de cuentas, la mujer que se convierte en propiedad sexual de un marido o de otro hombre cualquiera, no es sino una prostituta.

Que sea prostituta de sólo un hombre o que lo sea de varios, es lo mismo. No por eso dejará de ser una prostituta.

¡ Cuántas de esas mujeres « honradas », que no se « lo dan » más que a sus maridos, son unas vulgares y asquerosas prostitutas !

Yo no veo qué diferencia hay entre una prostituta pública y una prostituta matrimonial.

Cuando la gente establece diferencias entre lo que ella llama « una mujer honrada » y una mujer « de la vida », yo no las veo.

A mi juicio, la única diferencia esencial es esta : que la prostituta, la mujer « mala », es una prostituta pública, y la esposa, la mujer « honrada », es una prostituta privada.

Hay, pues, dos clases de prostitución : la prostitución pública y la prostitución matrimonial.

Mi creencia es, que la medicina para curar estas prostituciones sexuales no puede ser otra que esta : el amor libre.

EL CASAMIENTO POR AMOR

Muchos dicen que es difícil saber cuándo un casamiento se hace por amor y cuándo no se hace.

A mí me parece que esto es fácil. Yo no creo ninguna cosa dificilísima saber si un casamiento se hizo o no por amor.

Si una muchacha próxima a casarse quiere saber si lo va a hacer por amor o no, debe fijarse en las condiciones siguientes:

No casarse con su novio porque es un hombre de buen tipo. Ni porque anda muy bien. Ni porque es muy gracioso, muy guapo o muy listo. Ni porque tiene carrera, sabe mucho o tiene dinero.

No pensar tampoco en casarse porque la familia de él la quiere mucho. Ni por apaños de los padres, de las amigas o de las comadres. Ni porque su novio la haga muchos regalos, la hable con mucha dulzura o se la quiera comer con los ojos.

No casarse por no quedar soltera, por tener un marido o porque las casadas tienen más libertad que las solteras.

Tampoco se debe casar porque a su salud le hace falta el macho. Ni porque tiene necesidad de gozar con hombres. Ni porque quiere saborear a su novio. Ni por darse la vanidad o el gustazo de ser la novia el día de la boda.

No casarse porque « la vida viene así y así hay que seguirla ». Ni porque sus padres ya están viejos. Ni por no quedarse sola. Ni por no desperdiciar una « buena proporción que se la ha presentado ».

Si esta muchacha no se une a su novio por ninguna de esas razones y, además, goza con él antes de unirse y todas sus cosas la gustan, si se casa con él puede decir que lo hace por amor.

Casarse por tener un marido; por satisfacer necesidades sexuales, o porque el novio la ha « perdido », es cosa que no la debe hacer nunca una mujer.

Una muchacha no debe casarse, mejor dicho, unirse a un hombre para mucho tiempo, unirse a él para con él vivir, más que cuando de él la interese su cuerpo y su espíritu solamente.

Decidirse a vivir con un hombre por motivos que no sean sólo los del corazón, los del alma y del cuerpo, es querer caer de cabeza en el infierno.

Toda mujer que se une a un hombre para vivir con él por una razón distinta al amor, es una prostituta.

La mujer debe unirse al hombre, cuando con él quiera vivir, porque su alma y su cuerpo así se lo pidan.

Esto es respecto a la mujer. Respecto al hombre voy hacer las siguientes observaciones:

No casarse con una muchacha porque es una « hembra

soberbia »; es una mujer muy hermosa, o « es una tía bestial ».

No casarse porque la novia tiene unas tetas *fenomenales*; unos ojos « como platos », o unas pantorrillas « muy bien hechas ».

No casarse por estrenar una mujer; por saborear una luna de miel, o por gozar una muchacha que no se deja tocar de otra manera.

No casarse porque la novia es una tía que « tiene yesca »; que cobra « un sueldo cojonudo », o que va a heredar una finca que vale una mina.

No casarse por cohabitar con tranquilidad sin exponerse a que las prostitutas lo infecten a uno. Ni porque *ese* es el único modo de hartarse de mujer. Ni por tener una mujer para uno solo cada vez que uno tenga gana.

No casarse por tener una mujer que le arregle a uno sus cosas como a uno le gustan. Ni porque los padres ya están viejos o uno ya va siendo algo duro.

No casarse porque se tiene mucha gana de hartarse de casorio; porque no encuentra uno mujeres que le quieran remediar su necesidad, ni porque trae muchos disgustos el meterse a tenorio.

No casarse por pasteleo de los padres; porque la novia es una muchacha muy « honrada », o porque la hemos « perdido » y hay que cumplirle la palabra.

No casarse por lástima a la novia, por hacerla feliz o por sacar « un alma de pena ».

Y, en fin, no casarse por resolver un problema de estómago, hacer una cuenta de sumar o porque hace falta una mujer para la casa.

Hay que casarse por amor, porque todo lo de una mujer le guste a uno : su cuerpo, su alma, su voz, su carácter, su conducta, su sexo : todo, en una palabra.

En la unión para tiempo de un hombre y una mujer, no debe haber más motivo que uno : que ellos dos se gusten, se quieran, se amen y simpaticen de arriba abajo.

La necesidad sexual, tan imperiosa hoy entre los jóvenes por culpa de una moral salvaje que condena a los no casados a reprimir sus deseos carnales, es muchas veces la causa de muchos casamientos equivocados.

El sexo hambriento envenena el corazón de lujuria, perturba las facultades mentales y nos hace ver como amor lo que no es más que un deseo envenenado e hinchado por una necesidad mucho tiempo insatisfecha.

Los novios que no se gozan sexualmente antes de unirse, están expuestos a ser víctimas de un amor embustero que no tiene más que lujuria contenida y morbosa.

Para no sufrir sorpresas después del casamiento cuando ya ha pasado la borrachera lasciva de la luna de miel, además de cuanto hemos dicho hay que no olvidar esto : que la luna de miel hay que « comérsela » antes del casamiento, antes de unirse.

El sexo con hambre tiene tal fuerza y tan arrolladora, que llega a dominar nuestra voluntad y a hacer de nosotros lo que le da la gana.

Si al razonar sobre cualquier cuestión, el sexo hambriento nos impide discernir juiciosamente, mucho más nos debe cegar al tratar de unirnos con la persona que creemos amar.

Para evitar eso, que a tantas parejas ha separado y a tantos casados los tiene viviendo como diablos, yo aconsejo lo que he dicho antes : poner la luna de miel antes del casamiento.

Una vez harto el sexo, la cabeza queda despejada y el corazón sereno, limpio de lujuria.

Si entonces la persona con quien queremos casarnos nos gusta, nos alegra, nos atrae y nos simpatiza, habrá llegado el momento de hacer la boda, en la seguridad de que aun sin ir al juez ni dejarse poner la albarda por el cura, esos novios se casarán para mucho tiempo, seguramente para toda la vida.

Este es el casamiento por amor.

Si a mí me gustara hacer leyes para los demás como hacen los curas y los políticos, la frase católica « lo que Dios unió, el hombre no lo separa », la substituiría yo por esta :

Lo que el amor une, no hay quien lo separe, aunque ese quien sea Dios.

LA NECESIDAD SEXUAL Y EL AMOR

En algunas provincias de España, y yo no sé si en toda ella, hay la costumbre de llevarse la novia.

Esto parece una unión libre, pero no lo es, porque después de unidos el hombre y la mujer sin más requisito que su mutuo acuerdo, van al registro civil y a dejarse robar por los sacerdotes de Cristo.

Yo no veo ningún mal en que un hombre se lleve la novia si la novia quiere. Tampoco me parece mal que las muchachas se vayan con el novio porque lo quieren.

Todo esto lo veo bien. A lo sumo, lo único que yo puedo decir sobre las fugas de novios, es que esa costumbre es un residuo del modo como antiguamente se realizaba el casamiento: robando los hombres a las mujeres.

Pero el llevarse hoy la novia no es un robo ni mucho menos, toda vez que las mujeres son muy conformes en irse, en dejarse llevar por el novio.

He observado y preguntado a muchas de estas parejas hechas por fuga. De ello he deducido que la mayoría de los que se llevan la novia, más que por amor, lo hacen por necesidad sexual.

Esto es lamentable. El hombre que se une a una mujer por satisfacer una necesidad orgánica, difícil será que viva a gusto con esa mujer después de satisfecha esa necesidad.

En igual caso está la mujer que se une a un hombre por saciar una necesidad corporal.

Las parejas así formadas, hechas por motivos orgánicos, sexuales, es muy raro que sean felices. Generalmente acaban pronto como el rosario de la aurora.

Las que no se rompen por cobardía de la mujer, del hombre o de los dos juntos, viven continuamente en un infierno.

Vivir bajo un mismo techo un hombre y una mujer que no se aman ni se quieren, es lo mismo que atar en la misma soga un gato y un perro. La felicidad será la misma. La paz, idéntica.

Ya sé que habrá quien dirá así:

— Hombre, todo eso está quitado. El hombre que se une a una mujer, que lo haga por amor, no por satisfacer una necesidad. Y la mujer que se vaya con un hombre, que haga lo mismo.

— Sí. Está bien. Con palabras las cosas se resuelven muy pronto. Todos sabemos mucho. Pero cuando llegamos a los hechos, los que más hablan son los que antes meten la pata.

Cuando un muchacho tiene novia y una muchacha novio, si la necesidad sexual está sin satisfacer, poco a poco se harán la ilusión de que están enamorados, sin detenerse a reflexionar ni darse cuenta que lo que él y ella creen amor, no es sino una simple necesidad corporal, aumentada por las palabras ardientes e irritada por el deseo insatisfecho y reprimido.

No estando el cuerpo satisfecho es muy difícil saber si los sentimientos del alma son puros o no.

Por eso, ni aun la misma persona que teniendo necesidades sexuales sin saciar dice estar enamorada de verdad, sabe

decir, si la apretamos un poco, si lo que ella siente es amor o es deseo corporal.

El amor revuelto a los deseos sexuales, al satisfacerse estos deseos, mengua mucho, precisamente porque no era realmente amor, sino necesidad sexual irritada por la abstención continuada.

Yo creo que para que unos novios puedan decir al unirse que lo hacen por amor, por amor verdadero, es necesario que sus necesidades sexuales las satisfagan cada vez que ellas lo reclamen y el cuerpo lo pida.

Los novios que se desean y no se satisfacen, están expuestos con el tiempo, a creer que es amor lo que es una necesidad corrompida por la contención.

Cuando llegan al fin a unirse, por creerse locamente enamorados, sólo viven felices el tiempo que tarda en satisfacerse la necesidad contenida.

A ese período animal de satisfacción orgánica es a lo que llaman los mastuerzos *luna de miel*. Realmente su verdadero nombre debiera ser « luna de bestialidad » o « tempestad de lujuria ».

Terminada la luna de brutalidad, satisfecho el cuerpo del hambre sexual que cegaba al alma y envenenaba el cerebro obscurecido, la razón, la felicidad de la pareja ha concluído.

Ya no queda mondo y lirondo más que el amor si lo había, la simpatía mutua de la mujer y el hombre.

Si la simpatía no existía ni el amor tampoco, el resultado ya lo sabemos : o la separación o el infierno diario.

Si eligen el infierno como es costumbre, la vida no será ya más que un tormento continuo, sólo endulzado con los cortos momentos en que los cuerpos se juntan para satisfacerse.

Esta es la tragedia de casi todos los matrimonios. Por eso he dicho más de una vez, que el matrimonio es una prostitución, y los casados y casadas unas prostitutas.

Toda la desgracia de los matrimonios se reduce a esto : a unirse el hombre y la mujer sin amor, a no satisfacerse los novios antes de unirse, y a creer que es amor lo que son necesidades sexuales pervertidas por la no satisfacción oportuna.

Claro que cualquiera le dice a una muchacha católica, que debe gozar con su novio para ver si es amor o deseo lo que por su novio siente.

— Eso es un pecado mortal — dirá, llena de espanto.

Yo no pienso así. A mí me parece que el mayor pecado del mundo y la mayor tontería, es vivir mal con un hombre pudiendo haber sido feliz con otro.

LA LIBERTAD SEXUAL Y EL MATRIMONIO

Los partidarios entusiastas del matrimonio son enemigos de la libertad sexual porque la creen destructora del matrimonio y de la familia.

Yo opino todo lo contrario. A mí me parece que los mayores enemigos del matrimonio son la esclavitud sexual, la falta de libertad entre jóvenes en cuestiones de amor, y la insatisfacción sexual a que está condenada la juventud.

Con libertad sexual, particularmente entre jóvenes solteros de ambos sexos, seguramente no se harían tantos matrimonios como hoy se hacen, pero los pocos que se hicieren serían verdaderas parejas de enamorados perpetuos.

El matrimonio, en lugar de ser una prostitución moral y material como lo es hoy, sería entonces una unión amorosa encantadora, envidiable y dichosa.

Casi ninguno de los matrimonios que se hacen hoy son hechos por amor.

Unos se hacen por rutina, « porque hay que casarse y esa es la vida ». Otros, por pasteleo y apaños de los padres, que saben muy bien quién es la muchacha más *honrada* y cuál es el mozo más *trabajador*.

Algunos, por cálculo de los novios, que se dicen muy formalmente a solas :

— Yo tengo cuatro mil pesetas de sueldo. Estoy en muy buenas condiciones para casarme con una mujer que cobre seis mil pesetas.

Si el calculador es mujer se echa estas cuentas :

— Con las tierras que todo el mundo sabe he de heredar de mis padres, puedo muy bien casarme con un maestro de escuela, con un guardia civil o con algún rico que tenga dos cortijos, algún molino o un buen comercio.

Otros matrimonios se hacen por necesidad sexual, con el fin de no caer en « malas lenguas », ni exponerse a ser infectado por alguna prostituta de burdel.

También hay quien se casa porque no encuentra otro procedimiento mejor para poder gozar a la mujer que codicia y le seduce.

Muchos casamientos se hacen porque ya hay hijos y no está bien que, teniéndolos, no tengan padre.

Otros se hacen por lástima a la mujer cándida que tuvo la torpeza de dejarse gozar por quien la dió palabra de ser su marido.

Y, en fin, no son pocos los matrimonios hechos por el sim-

ple capricho de desflorar una mujer virgen y saber qué es una luna de miel.

Yo conozco un matrimonio, él maestro de escuela y ella maestra también, que se hizo por sumar las dos pagas y por gozar él a la novia, que no podía gozarla de otro modo.

Esto quedó demostrado a los tres meses de celebrarse el casamiento. Cuando se terminó la *luna de miel* (léase de lujuria), cuando él ya gozó lo que deseaba y ella se negó a dar su sueldo, vino la separación.

Ella había quedado embarazada, como corresponde a la ignorancia brutal que en España tienen las mujeres en cuestiones sexuales.

Ni durante el embarazo ni tampoco en el parto, ni siquiera en el acto de catolizar al niño en las cavernas del culto católico romano, tuvo él la dignidad de hacer a ella una visita; ¡ a su esposa por precepto divino !

Cualquier hombre que no sea marido ni maestro de escuela, cumple mejor con una prostituta de burdel.

Se ve que las prostitutas de matrimonio santificadas por la Iglesia, caen en mayor repulsa y vilipendio que las prostitutas de burdel excomulgadas y escupidas y besadas por los curas.

Si antes de ir a la iglesia o lo que sea, él hubiese conseguido de ella satisfacer su deseo, el matrimonio no se hubiera hecho.

Eso hubiera sido un engaño y una canallada — dirá algún cura sin sotana —. ¡ Deshonrar un hombre a una mujer y no casarse después con ella ! ¡ Esto es una infamia !

— Sí. Esto es una infamia, un engaño, etc.... todo lo que usted quiera; pero es mucho más infame y canallesco tener la cara dura de celebrar un casamiento con todos sus cascabeles y campanillas, por el simple deseo de dormir unas cuantas veces con una muchacha « sin estrenar ».

A estas farsas tan criminales nos lleva la falta de libertad sexual entre hombres y mujeres, muy crecida por cierto en nuestras sociedades civilizadas y católicas.

Ningún hombre que tenga satisfechos sus deseos sexuales con una mujer que le seduce, será capaz de cometer el engaño de casarse con ella para dejarla a los tres meses.

Puede ser también que el motivo del casamiento sea el pescar algún dinero, en lugar de estrenar una muchacha.

En ambos casos, lo mismo que en todos los demás, el matrimonio no es más que una prostitución legitimada por el registro civil y consagrada por la Iglesia.

Si hoy se exigiera bajo pena de muerte hacer el casamiento sólo por amor, estoy seguro que, o no se casaba nadie, o a todos los que se casaran les cortarían la cabeza. Tan cierto estoy de que hoy no hay amor. Al menos yo no lo veo por ninguna parte. Tal vez sea esto torpeza mía y falta de inteligencia para saber qué es amor y qué no lo es.

¡ Qué culpa tengo yo de haber nacido tan poco inteligente!

Los que dicen a boca llena, para ponerse un parche de dignidad embustera, que ellos se casaron por amor, con seguridad que no amaron nunca.

Creen muchos que es amor esa ilusión que borda nuestra fantasía cuando pensamos en la dicha de ver desnudarse a una mujer para revolcarnos salvajemente con ella.

Otras y otros toman por amor ese golpeteo que se produce en los corazones envenenados de lujuria, cuando se aproximan hacia la carne sexual largo tiempo deseada y comida con el pensamiento.

¡ Imbéciles, eso no es amor ; eso es lascivia podrida y estancada !

Tampoco es amor el sentimiento psíquico que no hace vibrar la carne. Eso es impotencia, inversión y pasión mística.

El amor es algo tan elevado, que ningún mediocre es capaz de concebirlo. Mucho menos sentirlo.

LA PAREJA HUMANA Y LA IGUALDAD SEXUAL

Hablando un día con uno de tantos farsantes como hay en este mundo, llegamos a tocar el tema de la libertad sexual. También hablamos de la cuestión de los cuernos.

El decía :

— No soy partidario de la libertad sexual de las mujeres casadas. En las solteras ya es otra cosa. Aquí no la veo mal.

— Muy bien. Transijo con usted en negar la libertad sexual a las mujeres casadas, pero a condición de que los maridos hagan lo mismo.

— No estoy conforme. El marido debe ser sexualmente libre; la mujer, no.

— No veo qué razón hay para que los hombres sean libres y las mujeres, no. ¿ No le parece a usted que toda desigualdad encierra un privilegio y que todo privilegio supone una injusticia ?

— Hombre, el motivo de negar a mi mujer la libertad se-

xual es más que nada una cuestión de higiene. Comprenderá usted que no deja de ser una suciedad cohabitar yo con mi mujer después de haber cohabitado ella con otro.

— Es cierto, sí, señor. Pero también es algo sucio que su mujer cohabite con usted después de haber cohabitado usted con otra.

— No es lo mismo, no, señor. El aparato sexual del hombre no hace nunca el papel de escupidera de inmundicias como lo suele hacer el de la mujer.

— Parece que olvida usted el gran número de mujeres casadas contagiadas por sus maridos, atentos parroquianos del cabaret y del burdel.

« Yo no sé aún que ninguna mujer casada haya infectado a su marido.

— Hombre, porque ellas no practican la libertad de los maridos.

— No es por ahí, amigo. Es que las mujeres, en materia sexual son algo más escrupulosas que el hombre.

« Por regla general, a casi todos los hombres les gustan todas las mujeres, aunque sólo sea para catarlas.

« Ellas en cambio, no son así. En materia de amor, la mujer es más espiritual que el hombre.

— El amor del hombre es más animal, más material que el de la mujer, más sexual. El de las mujeres es mucho más sentimental, más poético y menos sexual que el de los hombres.

« Al hombre le gustan todas las mujeres. A la mujer, son muy pocos los hombres que la agradan.

— De todas maneras, yo prefiero suprimir mi libertad sexual antes que dársela a mi mujer.

« Puestos en el dilema de ser los dos libres o los dos esclavos, prefiero la esclavitud.

— Sí, ya comprendo. Usted, con tal que su mujer no sea libre, elige ser un esclavo al lado de ella.

— Eso es. ¿ Qué ? ¿ Le parece a usted mal ?

— Hombre, a mí no. Si su mujer está conforme en ser los dos esclavos, son ustedes muy libres de hacerlo. La igualdad no favorece a nadie. Eso me gusta más que lo otro. Ahora que yo prefiero ser los dos libres a ser esclavos.

« Entre la igualdad en la esclavitud y la igualdad en la libertad, prefiero ésta a aquélla.

« Todo lo veo bien dentro de la igualdad. Lo que ya no me parece bien es que los hombres nieguen a las mujeres lo que a ellos tanto les alegra.

« Libertad sexual, sí, pero para todos. Que la pareja humana esté formada por dos seres libres en materia sexual. Y al que eso no le guste, que tome la esclavitud, pero no para la mujer sola, sino también para el hombre.

« No estoy conforme con lo que ocurre hoy: la mujer, una esclava; el hombre, un libertino.

« Ella, un hombre solo: muchas veces, ninguno. El, un gallo aventurero, más polígamo que un macho cabrío y más lujurioso que un gorila.

« No. Esto no lo veo bien. O los dos libres, o los dos esclavos. O los dos polígamos, o los dos monógamos. Nada de desigualdades injustas. Nada de privilegios sexuales para el hombre.

La pareja humana ha de fundamentarse en la igualdad en todos los terrenos, incluso en el sexual.

Unicamente de este modo, será un par de ángeles que se aman, no dos demonios que se odian.

El hombre y la mujer deben estar unidos por el amor, por mutua simpatía y por mutuo cariño, pero nunca por la disciplina, por el temor, ni por la ley; menos aún por el dogma religioso.

No hay más ley ni más dogma para mantener unidos dos corazones, que el amor mutuo y la confianza recíproca.

La pareja humana no ha de ser un cuartel con disciplina y con códigos, sino una reunión de amigos sin ley ni jefe.

La creencia de que la mujer es una propiedad del hombre, es una supervivencia bárbara y bestial. Civilicémonos.



Imp. DIOGENES

Coleccion a 135 francos tomo:

Los Aiducs - PANAIT ISTRATI
Mi tio Anghel - PANAIT ISTRATI
24 horas de la vida de una mujer - STEFAN ZWEIG
Los tres maestros - STEFAN ZWEIG
La tragedia de una vida - STEFAN ZWEIG
Casanova - STEFAN ZWEIG
Los creadores - STEFAN ZWEIG
Momentos estelares de la humanidad - ST-ZWEIG
El misterio de las almas - ANTON CHECOV
La estepa - ANTON CHECOV
Freud - STEFAN ZWEIG
Bajo la media luna - KNUT HAMSUN
Soñadores - KNUT HAMSUN
Fatalidad - KNUT HAMSUN
Misterios - KNUT HAMSUN
Pan - KNUT HAMSUN
La teoria de la Relatividad - EINSTEIN
La sonata a Kreutzer - TOLSTOI
El diario de Satanás - LEONIDAS ANDREIEV
El rey y el hambre - LEONIDAS ANDREIV
Judas Iscariote - LEONIDAS ANDREIEV
Millones - ARZIBACHEV
La mujer del otro - FEDOR DOSTOIEVSKI

NOTA. - *Estos precios son susceptibles de alteracion.*

LOTES DE LIBROS

PRIMER LOTE A 500 FRANCOS:

La Révolution inconnue - VOLINE.
Socialismo Libertario y Socialismo autoritario - NETTLAU.
Una obra titulos Editoriales Americanas.
Dos libros de ocasion.

SECUNDO LOTE DE LIBROS A 300 FRANCOS:

La grande métamorphose - PAUL GILLE.
Etica - KROPOTKINE.
Crisis del socialismo - GARCIA PRADAS.
Una novelita.
Dos volumenes ocasion.

TERCER LOTE A 150 FRANCOS:

Cinco novelitas titulo diferente «Lecturas para la juventud».
«Verdades de todas horas» y 3 folletos «La Brochure Mensuelle» titulo diferente.
Estos lotes los servíremos a reembolso o bien pagados por adelantado.

NOTA IMPORTANTE. — Sin descuento y con gasto de envío a cargo del que lo solicite, nos encargamos de servir los libros de las diferentes editoriales que pueden interesar a nuestros lectores. Indíquese al hacer el pedido el nombre de la Editorial.